

“*El gofio, hermano de la aulaga... es el alimento de la austera resignación, de la resignada austeridad*”.

**M<sup>a</sup> del Carmen Alemán Hernández**

J.H. ELLIOT, *El Conde Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*. Madrid, 1990.

R.A. STRADLING, *Felipe IV y el gobierno de España 1621-1665*. Madrid, 1989.

*El ejercicio del poder en una época de decadencia: Olivares y Felipe IV. El diseño y las dificultades de realización de un programa.*

La Historia Moderna de España, y en especial los reinados de los tres Felipes habsburgos, se ha visto en estos últimos años notablemente enriquecida por las aportaciones de la historiografía anglosajona. El dúo formado por el Conde Duque de Olivares y el rey ha sido, en este último año, objeto de estas dos monografías, al hilo de las cuales intentaremos esbozar algunas ideas clave para comprender mejor la España de Velázquez.

En primer lugar el concepto de *decadencia* con el que encabezamos estas líneas. Sin entrar en la polémica que ha generado el uso del mismo, y entendiéndolo como un convencionalismo historiográfico, lo cierto es que la sociedad castellana, piedra angular de la monarquía, desde fines del siglo XVI presentaba claros signos de debilidad cuyas variables más significativas quizá pudieran ser: *una demografía muy vulnerable*, mucho más sujeta que en el siglo anterior a las catástrofes cíclicas (sin ir más lejos, recuérdese la gran mortandad que acompañó al cambio de centuria); *un cuadro de precios en clave inflacionaria* que actuaba como agente deteriorador de una economía dependiente del exterior, no solo en objetos manufacturados, sino también en productos alimenticios, y que tenía a su cargo el mercado americano; *un campo agotado*, roto el equilibrio entre tierras de labor y pastoreo, con la despoblación como único horizonte, toda vez que la creciente presión señorial acompañada de una sobrecarga fiscal no permitía esperar ninguna solución. Esta situación

fue diagnosticada por los propios arbitristas durante el reinado de Felipe III, contribuyendo a crear a fines del mismo una fuerte conciencia de la necesidad de cambio, de la que se aprovecharía el nuevo régimen. Este espíritu de reforma tendría su traducción al campo de la moral y de la política. Había que atacar en su raíz los problemas, potenciando una regeneración moral que acabase con la corrupción de la que el duque de Lerma y sus hechuras eran máximos exponentes. Se debía romper con esa imagen transmitida por el denostado P. Mariana, de una sociedad “entretenida en baquentes, embrutecida por la comida y el vino, debilitada y corrupta por el libertinaje a ejemplo de sus principes”, una sociedad en la que “la decadencia llega a todas partes”. Desde esta perspectiva, Felipe III era un triste contrapunto de la figura de su padre, abandonando el poder en manos de los validos. En el ejercicio de las responsabilidades de gobierno, los hombres que vivieron los “Tiempos del Quijote”, diagnosticaron también el fenómeno de la decadencia. El rey y Olivares, tendrán muy presente la historia, y volverán la vista hacia el reinado de Felipe II, modelo a imitar para poder iniciar la recuperación de la monarquía.

El reinado de Felipe III trajo una paz relativa (la “Pax Hispánica”), pero a costa de la pérdida de la *reputación*, transposición de la honra individual a la fama colectiva; al prestigio de la monarquía. Se firmó una tregua con Holanda pero a costa del reconocimiento de hecho de las Provincias Unidas, sin ni siquiera conseguir su detención en el asalto al Imperio de Ultramar, o al menos el reconocimiento de la religión católica en Holanda y Zelanda. Buena prueba de esta deshonra fue la tribulación interior con la que vivió el propio monarca para quién fue una humillación personal para el resto de su vida. También se rompió con uno de los axiomas fundamentales del XVI español: el *mantenimiento del eje Madrid-Viena*, en aras de un acercamiento táctico a Francia, concretado en las alianzas matrimoniales de 1615. No puede extrañarnos que en la decisiva coyuntura de 1618-1621, marcada para la monarquía española por la toma de decisiones tan importantes como la intervención en la Guerra de los Treinta Años, o la reanudación del conflicto con los holandeses, se viera dominada por un grupo de hombres (formados algunos en la época de Felipe II), como D. Baltasar de Zúñiga que pensaban en su patria en términos de reputación perdida, de decadencia política: “Una monarquía en mi sentir — llegará a escribir—, quando ha perdido la reputación. aunque no aya perdido el estado será un cielo sin luz, un sol sin rayos; sin espíritu un cadáver”.

El programa político que Olivares y Felipe IV trataron de poner en práctica no puede entenderse entonces, sin esta referencia a la herencia de Felipe III y si esas decisiones (tomadas entre 1618-1621 en medio del asentimiento

general) de embarcarnos en una guerra de larga duración que se prolongaría hasta el tratado de paz de 1668 en el que se sancionaría la independencia de Portugal. Olivares diseñó un proyecto de regeneración económica y moral, tratando de crear un nuevo marco de relaciones entre el poder central y los poderes autónomos (el “*Ideal de la unidad*”), pero dentro de un clima de *intervencionismo militar*, de guerra constante, que si bien hubiera podido ser un acicate para la integración (la defensa contra un enemigo común), acabó haciendo estallar los débiles vínculos que entrelazaban a través de la fidelidad al rey, el mosaico de territorios de la monarquía. Como se ha repetido muchas veces, este proyecto quedó plasmado plásticamente, en la decoración del Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro, terminado en 1634, cuando ya se anunciaba el comienzo de la guerra abierta a Francia, y no tardaría en desatarse las rebeliones provinciales de las que ya había habido signos preocupantes.

Otro de los aspectos a destacar, especialmente de la lectura de Stradling, puede ser la *revalorización de la figura de Felipe IV*, como rey “papelista”, como jefe de gobierno responsable. Esta línea historiográfica positiva hacia el cuarto Felipe tuvo su arranque en Cánovas del Castillo, pero quedó interrumpida hasta la década de los sesenta de nuestro siglo con las investigaciones de Domínguez Ortiz, Alcalá Zamora, Díez del Corral y ahora el historiador británico, desterrando aquella imagen de rey absolutamente corrupto y depravado. Un ejemplo de esta actitud consciente del monarca podría ser el prólogo que escribió para su traducción de la *Historia de Italia* de Guicciardini. Tanto Elliot como Stradling, insisten en la parte que le cupo a Olivares en la formación política del rey, que conforme con los presupuestos políticos de aquél, a pesar del coste de popularidad que le supuso, mantendrá al válido hasta el límite de su desgaste. La segunda etapa de su reinado puede sintetizarse en tres ejemplos, que nos definen la firme decisión del monarca de resistir el embate de las derrotas, conservando hasta el final el ideal de la unión indisoluble de sus estados. De un lado la correspondencia con Sor María de Agreda, que nos introduce en el ejercicio de introspección moral de Felipe, la necesidad de recuperar fuerzas para poder mantener el esfuerzo que requería el planteamiento de una nueva regeneración, que debía empezar por la persona del rey. De otro, dos cuadros de Velázquez cuya lectura simbólica puede reflejar el sentido de esta segunda etapa el reinado de Felipe IV. Me refiero al retrato del rey durante la campaña de Aragón, pintado en Fraga (1644), que se presenta ante nuestros ojos como el paso del Rubicón por Felipe IV que da la espalda a la forma de gobernar en el pasado, a la forma de gobierno impuesta por el conde duque, a la vez que demostraba la firme resolución de recuperar el

patrimonio perdido. Finalmente, la “Coronación de la Virgen”, también del pintor de Cámara, que se nos ofrecía como la reafirmación de la identificación de la monarquía con la fe en los momentos de tribulación: La Santísima Trinidad representación emblemática de la unión sagrada de Castilla, Aragón y Portugal, que las rebeliones no podrán interrumpir; asimismo el patrocinio de la Virgen (Inmaculada Concepción) salvará a la monarquía de la ruina.

Dos épocas han quedado pues dibujadas ante nosotros, de esta España de Felipe IV, Olivares y Velázquez, de la que éste último fue su más conspicuo proyectista iconográfico: la lucha de Olivares por recomponer el predominio español y la resistencia heroica del monarca, pese al fracaso y el ambiente de guerra total que se respira a partir de los movimientos de 1640, por mantener el barco del Estado aunque sea a la deriva. La política exterior y la situación interna se han entrecruzado a lo largo de los años impidiendo la regeneración tan ampliamente anunciada a comienzos del reinado por la publicística gubernamental. Entroncando con el siglo XVI del que la Monarquía barroca hispánica es una clara prolongación, se definió la proyección exterior de la misma como la recuperación de la hegemonía por el camino de la intervención militar, único medio de obtener una paz favorable. Igualmente se mantuvo el ideal de la defensa de la unidad de la cristiandad contra la herejía, aunque esta concepción típicamente contrarreformista, se verá, siempre que las circunstancias lo requieran, matizada por la aplicación pragmática de la “Razón de Estado”, aunque convencionalmente se niegue. Ejemplo máximo de esta pertinaz actitud, puede ser el testamento de Felipe IV, que ni siquiera en el lecho de muerte, se atreverá a reconocer el uso de la Razón de Estado en el diseño de su política:.

*“Exhorto a mis sucesores a que procedan en su gobierno de acuerdo con lo que dicta la religión, no la política. Solo así podremos hacernos merecedores del interés y la ayuda de Dios Nuestro Señor”.*

**Santiago de Luxán Meléndez**